

HUMANISMO EN LAS UNIVERSIDADES

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

Algunas universidades del país, con encomiable acierto, han establecido en los programas de sus ciclos de enseñanza profesional, el estudio de asignaturas de cultura general. Y para prestigiarlas, las han rotulado con una denominación ciertamente esclarecida y grata, término de rancia prosapia, de insigne lastre histórico: humanidades.

Cátedras de ampliación o repaso, o de primer conocimiento, de materias de arte, literatura, filosofía, historia. Con la adición de un mejor aprendizaje de las lenguas francesa o inglesa en algunos casos.

A tales cursos, cursillos en ocasiones, desde luego, apenas con benévola designación, podrían llamarse de humanidades. Humanidades en una acepción contemporánea, como hoy se quiere, sin latín ni griego, lenguas que vienen a ser reemplazadas por el inglés y el francés, en un intento de dotar a los alumnos de más eficaces medios de adquisición de conocimientos, no sólo de cultura general, sino también científicos y técnicos. Porque es claro y obvio que verdaderas humanidades clásicas, lo que ni siquiera en la enseñanza media ocurre, no podrían caber en un pénsum de estudios profesionales. Ello sería pedir demasiado y este primer paso que se está adelantando ya es bastante, y sin duda alguna, halagüeño y siempre digno de estímulo y aplauso.

Valga, así, la calificación ambiciosa. Llámense en buena hora, con los nombres que se quieran, estos cursos complementarios, con tal de que sus resultados sean realmente satisfactorios, cumplan algún objetivo y a la larga establezcan una tradición provechosa.

Relativo humanismo, pues, circunscrito y recortado, pero preferible, de todas maneras, a la inexistencia de cualquier conocimiento humanístico.

La técnica, por una parte, y la creciente inclinación a la especialización en todos los órdenes de la actividad humana desde los más elementales oficios hasta las más conspicuas profesiones, han venido conspirando contra la universalidad de la cultura y estrechando el ámbito del conocer. Es el signo de nuestro tiempo. Pero tal orientación no debiera aceptarse con el

fatalismo con que generalmente trata de imponerse. Falseando la concepción del mundo y de la vida. Convirtiendo a los hombres en colección de ficheros, en puros autómatas, en cerradas unidades convertibles a la postre en denominadores comunes, en piezas de una maquinaria social deshumanizada.

Importancia de aquellos estudios así entendidos que sube de punto cuando se trata de un país cuyo bachillerato ha venido adoleciendo de años a esta parte de graves y notorias deficiencias tan diversas que no viene al caso relacionar aquí.

Entonces, ya dentro del marco de una carrera universitaria, el estudiante encuentra o debe encontrar una mejor oportunidad para revivir o configurar más precisamente inquietudes que van a beneficiarle en el sentido de abrirse a nuevas perspectivas de perfeccionamiento espiritual. Lo que ningún género de disciplinas mentales resulta más apropiado a dichas finalidades, que las llamadas humanidades, clásicas o como se quieran. Porque ellas proporcionan, indiscutiblemente, un orden de conocimientos los más aptos para el afinamiento del espíritu de quienes los poseen. Con la tendencia a una mejor caracterización de las individualidades. Y a una mejor comprensión del acontecer humano con las referencias a las instancias en donde los grandes pensadores y artistas han dejado el más acendrado de los testimonios de la inteligencia.

En lo que, aún como una simple y marginal dedicación sin pretensiones de profesionalismo ni de quebrantamiento de lo conveniente y de lo útil, se deslinda uno de los predios donde más posibilidades de cordial convivencia se brinda a los angustiados y premurosos hombres de un mundo áspero, enconado y dispar.